

Guillermo Jacovella

Embajador de la República Argentina

LA CONMEMORACION PENDIENTE

A

medida que nos acercamos al V Centenario de la llegada de Colón a América se hacen más nítidas las dificultades para hacer de esa cronología simbólica un acontecimiento estimulante y asociativo para España y las naciones latinoamericanas.

Las polémicas que agitaron en el pasado el sentido del acontecimiento enfatizando al 12 de octubre como fiesta colombina o como celebración del Descubrimiento de América, al igual que las más contemporáneas, ancladas en la valoración de las culturas originarias americanas, para las que la celebración debería adquirir un carácter de encuentro de dos mundos, han ido desdibujándose en los ánimos colectivos en ambas orillas del Atlántico. Puede decirse, en ese sentido, que no son las contiendas más o menos eruditas y cargadas de contenidos políticos las que están impidiendo una movilización coincidente y abarcadura de los espíritus, desde los cuales nuestros pueblos puedan congregarse con el ritual de una fiesta y una invocación. En contraste, se hace patente el desinterés creciente de los grupos dirigentes españoles y latinoamericanos para hacer de ese acontecimiento un estimulante esfuerzo de serena reflexión histórica. Tampoco se ha

podido perfilar consistentes voces de aliento para valorizar el sentido del "descubrimiento", no sólo para españoles y americanos, sino también para toda la cultura occidental, ni se han podido abrir cauce nuevas miradas de autoestima que permitan comprender con legítimo aprecio los caminos recorridos en esos 500 años, el sentido de ese peregrinaje histórico y toda ese enorme bagaje de obras y sueños que selló desde el inicio nuestra comunidad de naciones.

LOS ÁNIMOS ESPAÑOLES Y LATINOAMERICANOS

Para España la celebración ha tomado un carácter eminentemente estatal. El enorme despliegue de medios y recursos de que se dotó a la Comisión del V Centenario y las generosas directivas que han impedido concentrar los esfuerzos de cooperación en pocos temas dominantes, ha llevado a la dispersión de sus empeños en millares de iniciativas, no todas de probada eficacia. Ese empeño, por otra parte, no ha sido acompañado por una activa participación de los sectores dirigentes españoles, sean estos políticos, intelectuales, sociales o económicos. En el primer aspecto, la atención preferente del mundo político

peninsular por los dilemas europeos de esta nueva España, no han podido ser contrastados por los generosos esfuerzos del Rey y de las más prominentes figuras del Gobierno para valorizar el acontecimiento y sus ineludibles suscitaciones asociativas.

Las percepciones dominantes políticas, de las que participan y a la vez estimulan numerosos intelectuales, siguen condicionadas por un doble espejismo. El fracaso de las experiencias "revolucionarias" en nuestra América, espacio en el que habían proyectado sueños y utopías que la propia realidad española fue marginando de modo progresivo, sirvió para asentar el desinterés y la desilusión sobre nuestras posibilidades. La consolidación de la democracia en casi todos los países latinoamericanos no fue vivida como una fuente adicional de estima y aliento para el trabajo en común.

Por el contrario, la semejanza de nuestras aspiraciones y de nuestros procesos políticos pareció erigirse en una barrera para el entendimiento, en la misma medida en que, una vez más en la historia, no podían proyectarse en la otra orilla del Atlántico las asignaturas pendientes de una España cada día más burguesa y conformista. El otro espejismo es también complementario de esa visión pesimista. Nuestros dilemas económicos y sociales fueron apareciendo como insolubles, no solo por la dificultad para ensayar un esfuerzo serio de análisis y comprensión, sino sobre todo por cuanto parecía incomprensible que se pusieran en práctica las mismas o similares políticas económicas que habían asegurado en los últimos años la creciente prosperidad española. Esa crisis en las estimas y de la atención hacia una Latinoamérica que necesitaba más que nunca del indispensable e inteligente aporte de una España madura, solo ha podido proyectarse, hasta el presente, en acuerdos de cooperación económica en gran medida limita-

dos a los esfuerzos estatales, va en forma de créditos o mediante emprendimientos sobre todo financieros de empresas públicas peninsulares. El sector privado no ha podido todavía ser sumado a ese "redescubrimiento" de nuestra América, a pesar de constituir un escenario privilegiado para proyectar sus intereses y sus nuevos bríos expansivos.

Esa ausencia de una visión actualizada del propio mundo español y de sus posibilidades en Latinoamérica se ha visto sustituida, pues, por el acrecentamiento de los prejuicios y las imágenes deformantes.

La creciente desvalorización del mundo latinoamericano, a pesar de los entrañables vínculos históricos y familiares que permanecen en las capas mayoritarias y anónimas de la población española, se ve reflejada en los medios de opinión, que tienden más a acentuar la desmesura o el escándalo, cuando no las perspectivas desprestigiadas.

Las progresistas restricciones de la política migratoria española, que en gran parte se podrían superar mediante mecanismos más adultos como el régimen de visas, visto los problemas laborales y de desempleo en la Península, han servido para levantar barreras adicionales para el entendimiento y la buena voluntad recíproca, a pesar de que el ingreso de miles de profesionales y técnicos latinoamericanos hubiera podido ser vivido como un aporte generoso y circunstancial al engrandecimiento de España, como en otro tiempo nuestra América supo beneficiarse del enorme y bienvenido desplazamiento de millones de españoles hacia "la otra ribera".

Similar perspectiva se plantea en el campo universitario, donde es sugestivo que existan tan pocas cátedras de estudios latinoamericanos, máxime cuando se las compa-

ra con las existentes en Francia y en Italia. Si en ese ámbito no se renueva el interés y la promoción de la cultura y la historia latinoamericana, difícilmente se podrá sostener y difundir una atención preferente por parte de otros sectores sociales.

En el plano simbólico, por fin, la coincidencia de esta conmemoración con la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos en Barcelona, sin contar con la designación de Madrid como capital cultural de Europa en el mismo año, seguramente menguará la singularización del aniversario en el ánimo colectivo, atraído por esos múltiples y relevantes acontecimientos.

En Latinoamérica también han habido dificultades para articular una madura política común con España. Desde las deformaciones ideológicas que tienden a anudar los vínculos con determinadas particularidades y no con la rica realidad de una España no circunstancial, hasta los empeños para revitalizar rencores históricos, basados en la depreciación de las culturas indígenas primitivas, todo ha ido llevando a que la vivencia del V Centenario se fuera desdibujando en empeños parciales, sin una magna propuesta que pudiera transformarlo en un estimulante punto de encuentro.

LOS TEMAS DESCUIDADOS

Y, sin embargo, ¡cuántos temas pendientes en nuestra agenda siguen ahí, disponibles y a nuestro alcance y cuyo beneficioso influjo sobre los ánimos colectivos podría aún suscitar renovados entusiasmos.

No solo el pasado ha tejido lazos indelebles y poderosos en las sociedades hispanas y latinoamericanas. Sigue viviendo en la textura secreta de nuestra lengua, en el imaginario de representaciones y de símbolos en que se asienta, de modo invisible, una manera particular de comprender el mundo. El idioma no es una lengua, es un sello de sensibilidades que marca nuestro

pensamiento y su expresión, al mismo tiempo que sirve de "casa común" a cientos de millones de seres humanos que con él deben hilvanar sus empeños y sueños cotidianos.

Frente a las casi 2000 lenguas encontradas originalmente en América por los españoles, el castellano o español se ha transformado en el más poderoso elemento unificante en nuestra vasta geografía, permitiendo que esa Babel de los inicios se articulara, de ahí en más, con uno de los idiomas más ricos y fecundos de la historia universal. También se transmitieron con él sabores y convicciones, al mismo tiempo que intensas vivencias espirituales que siguen hoy impregnando nuestra alma común.

También está la historia de nuestras creaciones, cimentada en Cervantes, Lope de Vega y Quevedo y enriquecidas a través de los siglos por los aportes sucesivos de ambas riberas. ¿Cómo no reconocerse, en ese sentido, en un Octavio Paz, en un Darío, en un Borges, entre tantos otros, y en su modo singular de acrecentar el bagaje y las posibilidades de nuestro común lenguaje?

LOS 500 AÑOS DE NEBRUJA Y EL PAPEL DEL LENGUAJE

No es casual que el V Centenario **colombino** sea asimismo el de la primera gramática **española**, fruto del enorme esfuerzo de Antonio de Nebrija por articular en reglas y saberes una lengua con ya decantada madurez. Esa proeza fundante y expansiva merece ser valorada con especial énfasis por la dirigencia española y latinoamericana, haciendo de ella una fuente adicional e irremplazable de estima hacia nuestras idiosincrasias y virtualidades.

¿Por qué no pensar en la creación de una entidad semejante a la Comunidad Británica para mantener viva la llama de esa común pertenencia, despojándose de toda connotación imperial, y al mismo

tiempo para asegurar la activa presencia del español y de sus representaciones históricas y actuales, tanto de España como de Latinoamérica, en otras latitudes? ¿Por qué no coordinar, de modo generoso y conjunto, esfuerzos e iniciativas que permitirían valorizar nuestra lengua y singularizar nuestras sensibilidades frente a otras constelaciones idiomáticas?

Cara el año 2000, nueve de cada diez hispanoparlantes no será peninsular. En los Estados Unidos, la creciente presencia de emigrados latinoamericanos ha transformado al español en una lengua vinculante y expansiva en vastas zonas de su geografía.

En esa perspectiva, su relevancia afectiva y en el campo de la expresión se proyecta hoy en los medios masivos de comunicación y en las más modernas tecnologías informáticas, desde los cuales pueden desplegarse estimulantes esfuerzos asociativos. Ello no solo alienta a una mayor valorización de nuestra lengua y de su relevancia planetaria. También nos ofrece la posibilidad de proyectar múltiples y novedosos emprendimientos económicos en los que se singularice el valor de nuestro idioma y del imaginario que el mismo conlleva.

CONOCIMIENTO, ESTIMAS Y BENEFICIOS

Es asimismo importante que españoles y latinoamericanos aprendamos a reconocernos en nuestra historia y en nuestro presente. Nuestra historia política y los logros de nuestros escritores, artistas y pensadores deberían merecer una atención especial en nuestras casas de estudio, de modo tal que una visión integradora de nuestras venturas y desventuras pueda ser aprendida y difundida con especial aprecio. Los textos escolares abarcado-

res deberían constituir el campo prioritario para esa necesaria valorización de nuestras particularidades. En estos tiempos difíciles para América Latina, la exitosa experiencia española de los últimos años podría asimismo contribuir a revitalizar nuestros empeños y constituirse en una insoslayable fuente de estima para las enormes posibilidades latinoamericanas. También allí, esta España anclada en Europa, podría contribuir más eficazmente a que la Comunidad proyecte asimismo una visión más comprensiva de nuestras realidades. A ella podrían sumarse, preferentemente, las otras Europas latinas, me refiero a Italia, Portugal y Francia. Ese credo renovado, esta revitalización colectiva de nuestro ánimo y esa revalorización de nuestras posibilidades constituyen los más eficaces y suscitados puntos de partida a los que el V Centenario podría convocar. Los esfuerzos privados de cooperación, las inversiones económicas en nuestra América por parte de españoles, las tareas asociativas en los diversos campos de la creación podrían recibir así un impulso insustituible. También los convenios económicos suscritos generosamente por el Gobierno español en fechas recientes y que no han logrado superar aún los marcos estatales.

El aprecio es fuente de confianza. Sin una renovada confianza en nuestra común pertenencia difícilmente podrán ponerse en movimiento las gigantescas energías dormidas de nuestro patrimonio espiritual.

Ello no sólo es importante para América Latina. También lo es para España, que podrá estrenar así sus nuevos ímpetus históricos. Nuestra América puede constituir un estimulante desafío para lo mejor de España, que tendría así un espacio dilatado para desplegar sus vitalizadas energías. En contraste, también podría recibir considerables beneficios económicos y de los otros, aquellos que vivifican a los pueblos y convocan a las razones.

Para la Argentina, en particular, embarcada en una tarea prioritaria y asociativa con sus vecinos, la integración total de sus economías con Brasil, Paraguay y Uruguay para 1995, y que acaba de acoger con especial interés la iniciativa norteamericana de construir un espacio económico común desde Alaska hasta Tierra del Fuego, esa abarcadora y congregante tarea que podrían emprender españoles y lati-

noamericanos en el V Centenario es también importante. Fue un gobernante argentino quien inauguró en nuestra América y como fiesta nacional la celebración del 12 de octubre. Esos sentimientos, acrecidos por millones de españoles que se fueron sumando al esfuerzo argentino, han permitido mantener un diálogo permanente en España, más allá de las vicisitudes históricas. Esa disponibilidad para sumarse a empeños como el que se describo, al igual que la de las demás naciones del Continente, debería ser vista como un desafío y una responsabilidad pendiente.

Ya vimos el valor de la lengua, y de su imaginario, de la confianza y el necesario aprecio y estima que están necesitando nuestras naciones.

¿Por qué no pensar que esa magna conmemoración pueda servir, España y América Latina asociadas, para un nuevo y no menos fecundo redescubrimiento de América y de España?